

LA LEYENDA DE LOS LOBOS

# CASTIELLA

Emílbdmíl

INÉS

*¿Qué otra cosa es verdad, sino pobreza,  
en esta vida frágil y liviana?  
Los dos embates de la vida humana,  
desde la cuna, son honra y riqueza.  
El tiempo, que ni vuelve ni tropieza,  
en horas fugitivas las devana;  
y es errado anhelar, siempre tirana,  
la fortuna fatiga su flaqueza.  
Vive muerte callada y divertida  
la vida misma; la salud es guerra  
de su propio alimento combatida.*

*Francisco de Quevedo*

## *La emboscada*

*En la vega del río Esla, año de Nuestro Señor de 1523*

Era la primera vez que los hermanos Padilla, Mario y Críspulo, participaban en una emboscada, razón por la cual se mostraban nerviosos. Ellos sabían mejor que nadie de su inexperiencia en estas lides. No en vano habían nacido en el seno de una familia de humildes leñadores. Esto implicaba costumbres muy alejadas de los ritos militares y, por ende, poseían un mal manejo del acero.

Vivían en una modesta casa de adobe construida a menos de una legua de la Colegiata de San Martín, la de Valderredible, aunque en el momento de los hechos, se encontraban a muchas jornadas de allí. Ahora reposaban disfrazados de mujer, con el agua del río Esla cubriendo sus tobillos. Simulaban ser dos lavanderas a la espera de su víctima.

Todo aconteció unas semanas atrás. Ambos hermanos disfrutaban de un merecido descanso en la venta del Paseo Real, en Campoo. Después de haber pagado sus terrazgos y demás impuestos a su señor (un duque cualquiera que no merece ni mención en esta historia), un tipo pretendió contratarlos para que participaran en cierto trabajito nada respetable.

Pese a que este trapacero vestía con los hábitos de un dominico, saltaba a la legua que no era tal. El falso religioso gastaba un porte altivo y una mirada que parecía despreciar a cuantos le rodeaban, como si todos fuesen sus súbditos y él, un almidonado rey. En su

dedo anular portaba, ostentoso, el sello de oro de los Merino y su sonrisa estaba más cerca de una forzada mueca, que de la espiritualidad que se espera de un hombre de Dios.

La paga que les prometió superaba con creces el tamaño de sus bolsas y los hermanos Padilla recuperarían, en pocos días de trabajo, todos los obligados que le pagaron al duque. Bastaron un par de jarras de cerveza y esa promesa de riqueza para que ambos hermanos aceptaran el trato, aunque la cosa se complicó cuando el religioso les instó, como exigencia del acuerdo:

—Bien, ahora solo os resta afeitáros esas barbas, dejar que vuestra cara reluzca fresca y limpia, cual mujer.

Los hermanos, como es natural, se negaron en redondo, sus barbas eran el distintivo que más orgullosos portaban.

—¡Antes la muerte! —sentenció el menor de los hermanos.

No fue hasta muchas jarras de cerveza más tarde que por fin los Padilla se dejaron rasurar. Ya con sus caras lampiñas, los tres personajes abandonaron la venta y tomaron el sendero de Benavente. El sol del amanecer golpeaba en sus espaldas. Durante el trayecto se detenían en cada fonda del camino para que el falso dominico, entre pitanzas, promesas de oro, jarras de cerveza y tragos de aguamiel, hombre tras hombre, engordara su horda de salteadores.

—¿Acaso los demás no se van a afeitar? —preguntó Crispulo en cierta ocasión.

—Solo vosotros haréis de lavanderas —respondió el dominico, zanjando la discusión.

El sol del mediodía bañaba los campos de una sutil fragancia a eucalipto y lavanda. Los vahos de una agradable brisa otoñal acompañaban a este aroma. Y, ahí estaban los dos hermanos Padilla, acucillados junto a la orilla, mal lavando con disimulo unas calzas en las frías aguas del río.

Por el sendero de oriente vislumbraron la sombra de una procesión de franciscanos que como espectros se aproximaban al río. Encabezaba la comitiva el dominico, quien portaba entre sus manos una ostentosa cruz de madera. La procesión, como si se tratara de la Santa Compañía, caminaba a paso lento, casi levitando.

Los franciscanos desfilaban enfundados en sus típicas vestimentas. Hábito pardo, ajado por el uso, sandalias de cuero y un rosario en su cintura. Caminaban con las miradas gachas, los brazos escondidos en amplias bocamangas y las cabezas encapuchadas, canturreando letanías en latín, el idioma de Dios.

Los dos hermanos Padilla se miraron nerviosos.

*Ya falta poco para la batalla*, se dijeron de un vistazo. Acto seguido, agacharon la cabeza y continuaron remojando las prendas en el frío agua.

Coincidiendo con la llegada de los franciscanos, por el otro lado de la ribera, se escuchó el traqueteo que las ruedas de un carromato producen al rodar sobre la dura piedra del camino. Puntual, como el sol del amanecer, se acercaba su futura presa: una carroza, de apariencia robusta, tirada por dos briosos corceles. Diez hombres, pica en mano, escudo en ristre y espada enfundada en su cuero, la escoltaban. Dentro de la carroza, resguardado de miradas ajenas, reposaba un cofre de madera y hierro, sellado con un férreo candado donde destacaba, grabada a fuego, la Cruz del Císter.

Sentado sobre el baúl, medio dormitaba su eminencia, fray Nuño de Fuenmayor, unas veces inquisidor y otras, como la que ahora le ocupaba, recaudador de los impuestos de su hermano, el obispo Froilán de Fuenmayor. Nuño regresaba al monasterio después de haber pasado varios días cobrando los diezmos al desdichado campesino.

La comitiva se detuvo frente a la orilla. Uno de los soldados, el que lucía una densa barba negra y que al parecer mandaba sobre la escolta, se acercó a las dos lavanderas que en ese momento

remojaban por enésima vez las *calzuzas*. Era difícil no percatarse de su nerviosismo, turbación que el aguerrido soldado confundió con miedo.

—¡Mujeres!, dejad lo que estéis haciendo y apartad.

Las dos lavanderas hicieron oídos sordos.

—¡Maldita sea! Sus he dicho que os apartéis... u os juro que adelantaré vuestra comparecencia ante el Altísimo —las amenazó con desenvainar su acero.

Las dos mujeres miraron de reojo hacia la orilla. Vieron cómo el dominico les hacía un gesto con sus manos. Esa era la señal. Agacharon la cabeza y se apartaron hacia la orilla. Su mayor preocupación era que no se les notara el temblar de sus labios, el miedo de su corazón y sobre todo, las hachuelas que escondían bajo sus faldones.

Ya con el paso libre, el conductor azuzó a los caballos, adentrándose en las aguas poco profundas del río. Cuando la carroza llegó a mitad del paso, una decena de montaraces, que permanecían camuflados entre la maleza de la ribera, apuntaron sus arcos contra los soldados. Una traicionera lluvia de saetas tiñó de sangre las aguas.

Comenzaba la batalla.

Por su parte, con la primera andanada de flechas, los franciscanos, como si fuesen una jauría de perros rabiosos, trocaron su paso cansino y su monótona y tediosa procesión por una algarada que no cesó en su griterío. De lo que antes eran hábitos deslucidos emergieron sendas espadas que estos mal enfundados frailes no dudaron en emplear contra los soldados. La tormenta de flechas y el vocerío de los franciscanos no cesaron en todo el ataque.

—¡Ahora, hermano! ¡Esa es la señal! —le dijo Mario a su hermano menor en cuanto escuchó, mezclado entre los ruidos y gritos de la batalla, el graznido de un cuervo.

Ambos hermanos arremangaron sus faldas, extrajeron las hachas que bajo ellos escondían y golpearon con furia el cerrojo que protegía la puerta trasera del carromato. No les fue difícil romperlo y

tampoco les costó mucho arrojar a las aguas al recaudador, quien se defendía entre juramentos, blandiendo desafiante una ostentosa cruz de pedrería y plata.

—¡Atrás, bastardos! O sobre vosotros caerá la ira de Dios —les maldecía el muy patán, amenazándolos con el crucifijo, como si de él fueran a emerger los mismos rayos divinos que fluyeron del báculo de Moisés, cuando este cruzó el mar Rojo y destruyó al ejército egipcio.

Fue el dominico quien se acercó hasta el carromato y, desoyendo esas vanas amenazas, desenvainó su acero. Le bastó un golpe seco y certero para cercenarle la cabeza al recaudador. Se agachó, cogió el crucifijo de entre las aguas y, mirando a los ojos horrorizados de los dos hermanos, les dijo.

—¿Acaso preferiríais que fueran vuestras cabezas las que rodasen corriente abajo? ¡Venga!, nosotros a lo nuestro, ¡no perdáis tiempo! ¡Montad en el pescante y arread a las bestias! Tenemos que esconder este carro en la cueva y aún nos resta una jornada de camino.

El dominico, levantándose el hábito, se subió al carromato y se acomodó en el mismo sitio sobre el arcón que antes ocupara el recaudador.

Los dos hermanos lo imitaron y subieron al pescante.

Ajenos a la batalla que continuaba celebrándose entre las corrientes del Esla, azuzaron a las bestias. Atrás dejaban un río mancillado, teñidas sus aguas de grana, con cuerpos flotando entre las rocas como troncos secos y podridos y la cabeza del recaudador rodando corriente abajo.

## *Traición*

Cinco únicas bajas entre los asaltantes certificaron el éxito de la batalla, así que no era de extrañar que los supervivientes, ya al resguardo de la cueva, se mostraran eufóricos, bebiendo y bravuconeando al arrullo de la hoguera. Fuera comenzaba a lloviznar y los depredadores de la noche iniciaban su cacería nocturna.

—¡Somos ricos! ¡Pardiez! ¡Ricos! —alardeaba entre risas un corpulento hombretón de manos huesudas y callosas que aún llevaba el hábito de franciscano manchado por lamparones de sangre.

El resto de los supervivientes reía y bebía.

—Escuchad, amigos míos. Hoy habéis hecho un buen trabajo. ¡Qué digo bueno, un trabajo excelente! —sentenció el dominico con una sonrisa de oreja a oreja—. Ved de lo que somos capaces si colaboramos. Bien es cierto que tenemos que lamentar algunas pérdidas y... como buen cristiano... deseo ser el primero en alzar nuestros odres y beber por sus almas.

El dominico dio un prolongado trago, se santiguó para a continuación levantar los brazos en cruz, imitando al obispo cuando este rinde honores al Cristo Resucitado. Terminada la farsa, señaló:

—Pero... como bien decía mi difunto padre, el muerto al hoyo y el vivo al bollo. Lo primero que debo hacer es cumplir con mi promesa, el honor así lo exige. ¡Tomad! —dijo mientras arrojaba a los exaltados supervivientes un bolsón de cuero repleto de reales de a ocho que con presteza comenzaron a repartir—. Disfrutad de la

noche y mañana partir libres donde a bien os venga en gana y que sea Dios quien guíe vuestros pasos... a menos que...

El dominico detuvo su parloteo por unos instantes. Sabía que esos silencios aumentarían la expectación y lo que quería decirles lo encontraba de suma importancia.

—Amigos míos, he pensado que... estaría bien si repitiéramos esta hazaña. ¿Qué os parece?

Los miró uno a uno.

—Escuchad mis fieles soldados. Dentro de una luna, siguiendo la ribera del Esla, cerca de Valencia de Don Juan, hay otro obispo que espera, le entreguen su cofre. ¿Qué me decís, doblamos la apuesta y aligeramos al prelado de tan pesada carga?

Los asaltantes se miraron. Las monedas que sostenían en sus manos eran más que suficientes como para vivir sin penurias un año entero, pero... la codicia es una amante exigente que nubla la visión de quien cae en sus garras, así que, tras regalarse una mirada cómplice, todos, a excepción de los dos hermanos Padilla, gritaron vivas y loas a su nuevo jefe.

—¡Arrojad ese aguamiel al fuego! —exclamó el dominico extrayendo de sus alforjas dos odres llenos de exquisito vino—. Tengo algo mucho mejor que ese brebaje del diablo que bebéis. Celebraremos nuestra próspera unión como Dios manda, a lo grande.

Los dos hermanos se miraron.

—Críspulo, esto no me gusta. Padre nunca hubiera aprobado que nos convirtiéramos en salteadores de caminos. Él no nos enseñó a ganar el sustento a costa de la vida del prójimo —le susurró Mario a su hermano menor.

—Estoy contigo, hermano. Ya tenemos la paga. Cojamos nuestros bártulos y abandonemos este lugar. Se me está poniendo la piel de gallina de ver tanto codicioso—sentenció Críspulo.

Mientras los salteadores daban cuenta, entre risas, cánticos y bravatas, de los odres de buen vino, Mario y Críspulo, haciendo el menor ruido posible, se quitaron su disfraz de lavandera y recuperaron

su indumentaria de leñadores. Una vez vestidos con su camisa bien ajustada al talle, con su ceñidor de badana teñido de ocre, con su jubón de buena lana, con las *calzças* largas y las alpargatas de recio cuero, escondieron los faldones tras una roca. Miraron a su alrededor y vieron a sus compañeros ebrios, tanto de riqueza como de vino. Sin pensárselo, guardaron sus hachas en el dorso. Después de recoger sus escasos menesteres, salieron a hurtadillas de la caverna.

Nadie se percató de su marcha.

Tal vez fuera el destino o quizá el haber tomado la elección acertada, pero el hecho de abandonar la cueva fue lo que les salvó la vida. En cuanto los primeros rayos del sol del otoño iluminaron su entrada, se pudieron oler las brasas apagadas de lo que otrora fuera una alegre hoguera, ahora convertida en una pira funeraria. Dentro de la caverna solo un personaje permanecía en pie, el dominico. Una a una, registraba las vestimentas de los hombres que yacían muertos en el gélido suelo. Cacheaba sus bolsillos y aligeraba de sus cuerpos fríos las bolsas.

Sin mostrar ningún tipo de pena por haber envenenado a sus hombres con ese traicionero vino, el falso religioso arrojaba al interior del arcón cualquier objeto o moneda que tuviese algo de valor. Antes de partir repasó bien cada cadáver, no quería dejarse nada de provecho. Tras una roca halló los dos vestidos de mujer, todavía húmedos en sus bajos.

*¡Maldita sea! Faltan los dos leñadores,* se dijo al descubrir las prendas.

Reviso otra vez cada uno de los cadáveres, mas... era cierto.

*Estos dos malandrines han abandonado con sigilo la cueva. Ni me he percatado de ello,* rumoreó el falso dominico. Instantes después salió al exterior de la caverna. Imposible dar con su rastro, todo era roca dura en la cual era difícil dejar la más mínima huella.

*¡Bah! Solo son dos simples leñadores,* prosiguió con sus elucubraciones, tratando de restarle importancia a ese hecho.

Hubiese preferido que ambos se sumaran a los cadáveres que dejaba dentro, pero...

Antes de partir cubrió la entrada de la cueva con ramas y zarzas. Cuanto más tiempo permaneciera sepultada esa caverna mejor para él. Satisfecho con el trabajo realizado, se montó en la carreta y azuzó a los caballos, poniendo rumbo a su escondite secreto.

Su intención era, primero, la de esconder el preciado botín, para luego, dirigir sus pasos hacia el castillo de su tío-abuelo, don Frey Diego Merino de Villalázara, actual Comendador de Benavente.

## *El tesoro*

*Mezclado entre las tumbas,  
bajo esqueletos de polvo,  
Pedro escondió el tesoro  
que de manos de aquel cura  
con vileza arrebató.  
Ante su desafiante reto  
Pedro tomó su frío acero,  
y la cabeza le cercenó.  
Cargó las joyas en dóciles mulas  
y entre mudos esqueletos,  
cubiertas de polvo y hueso,  
las monedas de plata y oro  
en la abadía escondió.  
¿Sueña el hidalgo don Pedro,  
acaso ocupar el trono  
que en traicionera disputa  
le robara en aquel revuelo  
la maldita hija del moro,  
a quien él llama la Bruja?*

Un par de corzos, que aprovechaban las primeras luces del alba, se asustaron cuando un carromato atravesó el valle. Pedro Merino condujo durante todo el día, noche incluida, hasta el alba. El camino por el que ahora circulaba era angosto y la carreta rozaba en los jaros y helechos que lo bordeaban. Las ruedas seguían las rodaduras de otros carros que antes que ellas recorrieron esos caminos. Una bruma, con olor a amanecer, ascendía lenta desde los prados hasta los picos más altos, pincelando de rocío las hierbas y helechos. Salvo el ruido ronco de las ruedas y el canto del zorzal, la paz era absoluta.

En lo alto, camuflándose entre unas nubes que amenazaban con soltar su carga de agua, planeaba una pareja de buitres. Volaban en círculos. De seguro, algún ganado malparía y tanto su muerte o la de su retoño se veía próxima. Pedro Merino detuvo el carro y los observó durante unos minutos.

*¿Cómo harán estas aves para oler la muerte mucho antes de que esta llegue?*, se preguntó. Acto seguido, fijó la vista en el valle que descansaba tímido y silencioso bajo una loma. En la lontananza y mirando en dirección sur, divisó el pueblo de Castrogonzalo. Más hacia el septentrión, identificó su destino: un abandonado y derruido monasterio, el de San Pedro, lugar donde, siglos atrás, se decía que los benedictinos guardaban las reliquias de San Atilano.

Debido a las cruentas batallas entre moros y cristianos que se celebraron en sus inmediaciones, de los muros de ese monasterio ya no quedaban ni las ruinas. Solo algún cenobio en la parte más cercana al cementerio se mantenía firme, como testigo del paso del tiempo. Las rocas que conformaban las paredes de esos claustros se anclaban unas a otras solo por verdes trozos de musgo y su techado parecía esperar la excusa de un bufido para desplomarse.

Pedro Merino no tenía intención de permanecer mucho tiempo en ese mausoleo. Solo necesitaba unos minutos para retirar la losa de una de las tumbas del cementerio. Una vez abierta, añadiría el nuevo botín al codiciado tesoro que allí escondía, resultado de semanas, de meses, de pillajes.

Con denodado esfuerzo acarreó el cofre, retiró la pesada losa de la tumba y se regocijó contemplando lo que hasta la fecha atesoraba. Río para sus adentros al ver tanta riqueza.

Justo terminó de restaurar la pesada losa cuando un aguacero comenzó a golpear su disfraz de dominico. Pedro Merino levantó la cabeza y miró al cielo.

*Quizá sea mejor que llueva, así podré dar descanso a los caballos. Se han portado como nobles corceles cabalgando toda la noche*, se dijo.

Acto seguido, desenganchó los aperos y extendió sobre el suelo un hatillo de paja, para que estos animales pudieran comer. Miró en derredor. La calma era total, solo interrumpida por el golpear de las gotas en las rocas. Satisfecho, se adentró en uno de los cenobios, el que le pareció que le pudiera dar mejor cobijo. Con toda seguridad tendría que pasar allí el resto del día, e incluso, puede que también la noche y esperar al alba. No parecía que las nubes le fuesen a dar tregua.

Una vez dentro del refugio y con la intención de hacer una fogata, buscó unos trozos viejos de madera. Cuando esta comenzó a iluminar el interior de la nave, descubrió, acurrucada en una esquina, a una mujer. Portaba lo que otrora fuera un vestido elegante y de buena seda, pero que ahora no servía más que de harapo. Sus pies amanecían descalzos y negros, tanto que apenas se distinguían de las sombras que la rodeaban. Tenía el rostro enjuto y cubierto de tizne, el pelo ennegrecido por la mugre, las uñas largas y sucias. Lo que más le llamó la atención a Pedro Merino fue su mirada, que parecía estar perdida en el pasado. La mujer se mostraba asustada y aferraba contra su pecho una criatura de escasos meses.

Semanas atrás, la Inquisición le confiscó sus propiedades, que no eran pocas, habían colgado a su marido del machón de su propia hacienda y a ella, pretendía darle caza bajo la acusación de brujería. Todo para poder quedarse con sus posesiones, las tierras del señor de Saldaña. ¡Siempre el mismo cantar!

En su truculenta huida, debió descubrir ese refugio, cercano al pequeño pueblo fortificado de Castrogonzalo. A pesar de que esas ruinas solo eran ocupadas por las ratas, allí ella se sentía a salvo de las huestes del inquisidor, de las alimañas que merodeaban los bosques aledaños y de las inclemencias del tiempo. Solía bajar, de vez en cuando, al pueblo donde mendigaba un mendrugo de pan y algún pellejo de leche para su criatura.

La llegada del dominico la atemorizó, no en vano tenían fama de cruentos inquisidores. Además, su sola presencia le hizo revivir esos

días de desaliento, mientras era perseguida por el Santo Oficio y obligada a huir descalza entre los bosques.

—Por favor, no nos lastiméis —rogó la mujer.

—¡Voto a Bríos!, ¿por qué iba yo a haceros daño? —respondió Pedro Merino azuzándose el hábito.

—Os suplico clemencia. Bien sabe vuestra merced que no he hecho nada de lo que se me acusa. Yo creo en Dios, nuestro Señor —dijo la mujer santiguándose—. Por piedad, dejadnos vivir. Yo solo busco algo de cobijo y leche para mi retoño.

—¡Por los clavos de Cristo! Por favor, señora, tranquilícese usted. Desconozco sus pecados, que de seguro no serán tan graves como para desear su muerte. Ande, cuénteme y trataré de ayudarla.

La mujer se relajó un poco, se acercó medio arrastras hasta el fuego y con las llamas bailando en su rostro se presentó:

—Me llamo Ximena Días de Sandoval y Luna, esposa o, mejor dicho, viuda del ahora fenecido señor de Saldaña. —Unas lágrimas nacieron de sus ojos. Se las limpió como pudo y comenzó a narrarle al religioso cuantos males le acecharon.

A medida que la mujer iba añadiendo desventuras a sus últimos meses de vida, Pedro Merino comenzaba a sentir cierta desazón. En su mente nacía el presentimiento de que esa mujer, casi con total seguridad, habría hecho de esas paredes su hogar y eso, no cabía duda, ponía en peligro su tesoro. Así que, para cerciorarse de sus sospechas, le tendió una sutil trampa.

—Mire, buena dama, poco entiendo de vuestros problemas, pero debe usted saber que no todos los dominicos somos inquisidores que gustan del aroma de la muerte. —Pedro Merino se santiguó dos veces—. En mi caso solo soy un humilde siervo de Dios, de camino al convento de Santo Domingo. Seguro que vuestra merced lo conoce, al menos de oídas. Así que tenga usted a bien que en nada deseo su apresamiento y mucho menos su muerte. ¡Dios me asista! Si he entrado aquí ha sido por intentar resguardarme de la lluvia... Observe, bella dama, acérquese al ventanuco y vea que no falto a la

verdad —dijo con voz zalamera—. Además, mi señora, que ganaría yo con acabar con su vida, solo la ira de Dios.

Pedro Merino se calló unos instantes, esperando que esas frases hicieran de calmante y relajaran a la mujer.

—La veo algo demacrada, con pinta de no haber llevado bocado alguno a su estómago, al menos desde hace días, así que... si usted tuviera a bien dejarme una marmita, yo con gusto prepararía un pequeño gazapo que cacé de madrugada. Llámeme raro, pero prefiero asarlo que comerlo crudo—añadió a modo de gracia, regalando a la damisela su sonrisa más falsa—. Además, también llevo en una saca algunas manzanas y castañas que bien podrían servirnos para preparar el guiso, así dará para más, ya que el conejo, aunque es tierno, también lo es pequeño.

A medida que el dominico nombraba cada uno de esos manjares, a la mujer, que bien cierto era que llevaba días malcomiendo raíces y bayas, se le hacía la boca agua. Ni recordaba la última vez que disfrutó de un buen guiso.

Se incorporó. Trató de adecentar su pelo y estirarse el faldón. Sintió algo de vergüenza por el polvo que de este emergía cuando lo sacudió, pero necesitaba un buen cocido más que un baño, así que hizo de tripas corazón.

—Vuestra ilustrísima sabrá disculpad mi falta de decoro. Ahora mismo os acerco una marmita. Por algún casual, ¿no tendrá vuecencia algo de leche? Es para mi retoño —preguntó la mujer que, al contrario de lo que mostraban sus harapos, revelaba cierta finura en su hablar y una educación exquisita.

*En verdad puede que no se trate de una vulgar fámula y su familia sea quien dice ser. El señor de Saldaña, si mal no recuerdo, disfruta de gran fortuna, aunque... a tenor de las nuevas, bien podría afirmar que poseía tal patrimonio,* pensó, remarcando el poseía en su cabeza y riendo para sus adentros.

*¡Con la Iglesia hemos topado!*

Volvió a reír en silencio su propia gracieta.

—Déjeme que mire, algo debo llevar —mintió el hidalgo.

La indigente, alegre por las buenas nuevas, sin soltar al bebé en ningún momento, se dirigió al fondo de la pared más alejada de la fogata. Oculta entre piedras y viejas vigas, fruto del derrumbe de parte de la techumbre, guardaba una olla con su trébede.

Pedro Merino la miró con recelo. La mujer había caído en su trampa. El hecho de que tuviera, allí escondida, esa cacharrería significaba que no estaba de paso, como insinuó, sino que había convertido ese lugar en su morada, tal y como el hidalgo presumía. Eso hacía peligrar su escondite secreto y su tesoro bien podría ser profanado. Además, para desdicha de la fémína, cuando esta se agachó a coger los utensilios, la falda se le enganchó en un clavo que sobresalía de una de las viejas vigas, mostrando parte de su muslamen.

Una punzada recorrió la columna vertebral del hidalgo. Ni recordaba cuando fue la última vez que poseyó a una joven, aquel lejano día que el destino le permitió desfogarse. Sintió cómo su sangre se calentaba, su lujuria renacía, su miembro se endurecía. Recordó esos días de antaño, estando en las habitaciones de su palacio. Esas largas jornadas disfrutando de los placeres de una piel limpia, pura, de la fogosidad de las doncellas. Fue ver el perfil de su pantorrilla, tersa, sonrosada, provocativa, que se imaginó a la mujer con el pelo limpio de barro, con su tez risueña, con sus enaguas recogidas y abierta de piernas, esperándole a él, tal y como antes hicieron las hijas de las sirvientas de su palacio.

Tantos meses de abstinencia, solo satisfecha por alguna que otra cortesana, por fin iban a ser recompensados. El rictus de Pedro Merino se iluminó y sus ojos comenzaron a dibujar una mirada lasciva.

Con pasos sigilosos se acercó a la mujer.

—Por favor, mi señora, sea usted amable y deje tanto la puchera como a su retoño junto al fuego mientras nosotros, como adultos que somos, tratamos ciertos asuntos de mayores —le dijo. Seguido aireó la daga que hasta ahora llevaba disimulada bajo el hábito.

La mujer en un principio se sobresaltó, pero enseguida comprendió los deseos del religioso. No, matarla no quería... el muy desgraciado ambicionaba lo que todos codician.

—Haré cuanto vos deseáis, pero... por amor de Dios, no nos hagáis daño —imploró sumisa sin dejar de mirar a su retoño.

—¡Daño!... Al contrario, mi señora, es placer y felicidad divina lo que voy a regalaros.

Se escuchó el relincho de los caballos.

La mujer, temerosa por su vida y por la de su hijo, en cuanto sintió la punta de la daga, apretando su cuello, con recelo, dejó caer el caldero y reposó con mimo a su retoño junto a las brasas. Lo acomodó bien entre los paños para a la postre dejarse caer sobre el frío y polvoriento suelo.

Se la escuchó rezar. *Santa María, madre del Altísimo...*

Gracias a Dios, la precocidad de Pedro Merino era una cualidad que se acrecentaba con el tiempo, de modo que la faena no tardó en concluir.

Mientras el falso dominico, sudoroso por el esfuerzo, estiraba su hábito, le preguntó a la mujer.

—Presiento que lleváis mucho tiempo escondida entre estas paredes, e imagino que, como toda mujer, seréis en extremo curiosa. Así que me pregunto... ¿Hija mía, por alguna casualidad, no habrás visto algo fuera de lo común que creas, debes decirme?

—No le entiendo, padre, ¿a qué os referís?

—Muy sencillo, os pregunto, mi señora —dijo volviendo a colocar la afilada daga sobre la piel de su cuello—, si habéis presenciado algo que no debierais haber visto. Dado que lleváis escondida aquí desde mucho antes de que yo llegara... a fe mía que cuando escuchasteis el traqueteo de mi carruaje, quizá dejándoos llevar por la simple curiosidad, bien podríais haberos asomado por el ventanuco —dijo señalando a la pequeña abertura de la pared que daba al cementerio.

—No vi nada que desee recordar. Os lo juro, padre. No soy tan curiosa como vos enfatizáis.

—Se os ve en la cara que me estáis mintiendo. Me habéis visto enterrar algo, ¿verdad?

—No es asunto mío lo que usted guarde entre las tumbas.

Esas palabras certificaron las sospechas de Pedro Merino: su secreto peligraba. El tesoro que tanto le costó acopiar corría el riesgo de ser descubierto, de forma que, sin dejar de acariciar los cabellos de la mujer y con esa falsa dulzura que tan bien dominaba, asintió:

—No pasa nada, mi dulce criatura. Pero no debes mentirle a un siervo de Dios. Anda, arrodíllate y confiesa tus pecados, que cualquier momento es bueno para reconfortarse con nuestro Salvador.

—Os lo juro padre, no diré nada... antes moriría —dijo santi-  
guándose. Se arrodilló ante el fraile, quizá esperando esa ansiada confesión que la liberaría del peligro que hacía escasos segundos, vio brillar en los ojos del religioso.

—Sí, hija mía, sí, de eso estoy seguro.

Y de un rápido tajo, Pedro Merino le cercenó el cuello.

Un fino chorro de sangre fluyó de su garganta. Como si el bebé se hubiese dado cuenta de su estrenada orfandad, este comenzó a llorar.

Dejando a la mujer que terminara de desangrarse, el falso dominico se acercó hasta la criatura, con la intención de poner fin a su existencia, pero... después de mirarla largo rato, se quedó pensativo. Volvió la cabeza hacia la moribunda y le susurró.

—No se preocupe por él, mi señora, su hijo vivirá y además... lo hará siendo un Merino.

La mujer no pudo oír esas palabras, ya que ahora peregrinaba libre por el mundo de los muertos, si es cierto eso que dicen... que los difuntos caminan.

Pedro Merino vislumbró un plan. Su intención siempre fue pedirle auxilio y amparo a su tío-abuelo, don Frey Diego Merino de Villalázara, comendador de Benavente, pero sabía que él no toleraría

y soportaría su presencia, si no fuera capaz de convencerle de cuanto iba a contarle, nada cercano a la verdad.

Mientras esperaba a que se cocinara el conejo con castañas, Pedro Merino ensayó su discurso, usando como oyente el cadáver de la mujer. La dama, inerte, lo escuchaba con los ojos abiertos, con la boca abierta, con la garganta abierta, sin emitir más que vahos de muerte.

—Sí, señora mía, me presentaré ante mi tío acompañado de un descendiente de mi linaje... ¡Vuestro hijo hará historia!

La patraña que iba a narrarle a su tío, al igual que el aroma a conejo y laurel, que poco a poco iba inundando el ambiente, iba tomando mejor forma con cada añadido.

—Comenzaré diciéndole que unas hordas de *bocinegros* asaltaron el palacio. Que, como aves de rapiña, esos desalmados dieron muerte a mi mujer e hijos, e incluso le diré que fueron ellos quienes también pusieron fin a la vida de sor Virtudes, sangre de su sangre.

La muerta no decía nada, solo le miraba queda, con las gotas de sangre cayendo perseverantes sobre la losa.

—Sí, mi señora, le diré a mi tío que no tuve más remedio que huir, que lo más importante era pensar en mi recién nacida criatura, en mi dinastía. Así que, debo agradecerle a usted me haya cedido a su retoño.

*¡Un momento!* Pedro Merino se fijó en el cuello de la mujer.

Entre los restos de sangre creyó distinguir un brillo metálico. Sí. De su garganta cercenada pendía una medalla, ahora teñida de un humor escarlata. De ese colgante, con cadena de plata, se suspendía un medallón con la figura de dos lobos enfrentados grabada en su frontal.

También se fijó en uno de sus dedos. Portaba un anillo.

*¿Cómo se me habrán pasado por alto estas joyas?*, se dijo.

La sortija no la vio porque la mujer la llevaba dada la vuelta y solo revelaba un herrumbroso aro metálico, manteniendo la pedrería disimulada en la palma de su mano. Pedro Merino cogió ambos

objetos, los miró curioso. Limpió el colgante con esmero y se guardó ambas alhajas en la pequeña bolsa de piel que atesoraba bajo su hábito.

Antes de tumbarse a descansar, después de haber llenado su estómago con el rico gazapo, decidió aclarar una duda que hacía minutos le rondaba la cabeza. Sí, bien cierto era que su nueva estratagemma engañaría a su tío ya que, añadir un descendiente a la historia le daba otro empaque, más sentimiento, pero... ¿Sería este vástago un varón o una hembra? No deseaba meter la pata, amén de que esta duda le turbaba. Decidido, se acercó al bebé y comenzó a desnudarle al amparo de las brasas.

—Qué falta de educación la mía, no os he preguntado si vuestro retoño es hembra o varón. Rezo para que el Altísimo me haya obsequiado con un pequeño caballero...—le dijo a la finada.

*¡Maldita sea mi suerte! ¡Una niña! ¿Dios mío... por qué me castigas así? ¿Es que no te rezo todos los días? ¿Acaso no he dedicado mi vida a engrandecerte?*

Finalmente, miró al recién nacido. *Supongo que bien podrás servirme. Solo habrá que cambiar un poco la historia. Le diré a mi tío que hui con mi «hija» en brazos*, pensó mientras escudriñaba a la niña.

*¡Uhm! Creo que podré sacar partido a ese parecido que tienes con la difunta sor Virtudes, seguro que eso complace a mi tío.*

Continuó auscultando al bebé durante varios minutos. Sí, le perdonaba la vida y ella, a cambio, se transformaría en su perfecta coartada. Una vez que su tío-abuelo los aceptase, vería la forma de utilizarla para poder recuperar el honor y la riqueza que por nacimiento le correspondía.

*¿Cómo podría llamarte?*, se preguntó ladeando la cabeza. Una idea le vino de pronto.

—Sí... es una maravillosa ocurrencia. ¡Qué grande eres, Pedro! Te bautizaré con el nombre de la mujer de mi tío, doña Inés de Villanueva y Rojas de Quesada. Decidido —le dijo al bebé—, a partir de hoy serás la hidalga Inés Merino del Moral y Tabuada. Estoy

seguro de que, tus mofletes sonrosados, tu parecido con sor Virtudes, que te llames como su esposa y mi verborrea, ablandaremos la conciencia de mi tío.

Con la misma solemnidad que emplearía un obispo oficiando en una catedral, Pedro Merino elevó los ojos al cielo, cogió a la niña en brazos y exclamó, medio recitando, dejando mucho espacio entre cada palabra.

—¡Juro ante mi Creador que recuperaré la gloria que nunca debí haber perdido! Y a ti, mi querida Inés, te juro que terminarás odiando a la Morita y a toda su estirpe, aunque para ello tenga que dejarme hasta la última gota de mi sangre.

## *El castillo de Benavente*

Frey Diego Merino de Villalázara, comendador de Benavente, no daba crédito de la historia, cercana a la ficción, que su sobrino, Pedro Merino, le estaba relatando. Este montaraz tuvo la osadía de presentarse en su humilde castillo, con un bebé en brazos, exigiéndole audiencia y rogándole auxilio, como si él fuese el obispo Froilán de Fuenmayor y pudiese hablar de tú con El Creador.

Al principio, la historia que le narraba su sobrino, a quien no veía desde hacía muchos años, le aburría sobremanera y le parecía una vil estratagema, ideada con la única intención para sonsacarle algo de plata. Frey Diego conocía tales argucias, pero si existía algo que amara más que a la verdad, era a su bolsa.

Esta no era la primera vez que un pariente, que además venía a visitarle de ciento en viento, se postraba ante él con falsas lágrimas y duelos fingidos, representando un sainete con la única intención de arrugar su corazón y arrancarle algún que otro doblón.

Pasados los bostezos iniciales, la historia comenzó a tomar un cariz sorprendente. Durante más de quince minutos, solo interrumpidos por alguna tos del comendador, Pedro Merino le habló de cómo su pueblo se sublevó contra él. Cómo la plebe asesinó y ultrajó el apellido de los Merino, pisoteando sus enseñas, agraviando su blasón. Le habló de un populacho, encolerizado y poseído por Satanás, que prendió fuego a su palacio, con su primogénito aún dentro. Le dijo lo valiente que fue, tratando de enfrentarse a la chusma. Pero ante el elevado número de asaltantes y al ver los cuerpos fríos e

inertes de su mujer e hijos, de su lugarteniente y de sor Virtudes yacer entre las llamas, decidió salvar a su recién nacida y huir bosque adentro. Para más inri, Pedro Merino afirmó en esa patraña que tal insurrección fue alentada por herejes, brujas y bandoleros. Una recua de *asalvajados*, capitaneados por una mujer, a quien el hidalgo llamó Morita, y por el marqués de Aguilar.

Terminado el relato, Frey Diego quedó maravillado. Los hechos que le acababa de narrar su sobrino no podían ser más que ciertos. Imposible dudar de su veracidad. *Nadie es capaz de inventar una intriga semejante*, pensó mientras se mesaba el mentón.

—Nos han tratado peor que a perros rabiosos —apuntilló Pedro Merino. Al parecer, su crónica estaba conmoviendo el corazón de su tío.

Tras unos minutos de silencio, Pedro Merino añadió, como colofón de esta historia:

—... Tal y como os lo he contado, así sucedió. Ahora, tío, imagino que os estaréis preguntando qué es lo que quiero de vos. Acertáis en una cosa, es cierto que vengo a imploraros ayuda, pero faltaría a la verdad insinuar que deseo vuestra plata. Lo que pretendo es ganar tanto el cariño como vuestra comprensión. Tío, os lo imploro —dijo dejándose caer sobre sus rodillas—. Por lo más sagrado. Por la memoria de mi familia, de sor Virtudes, de los Merinos caídos en ese repugnante asalto... permitidme convivir con vos en este castillo. Prometo que no seré un estorbo para vos y vuestra familia. Os doy mi palabra de que no me entrometeré en vuestras vidas. Solo tengo un deseo en mi corazón, que me permitáis entrenar un ejército, que yo en persona financiaré y dirigiré. Juro por el Altísimo que he de regresar a Piscaria y recuperar lo que por honra y nacimiento siempre ha pertenecido a nuestro linaje.

Terminada la arenga, extrajo una bolsa del sobretodo de cuero y se la entregó a su tío. La víspera, Pedro Merino abandonó su disfraz de dominico por uno más acorde a la pantomima que iba a representar. Eligió una vestimenta más austera, alejada de la suntuosidad

del hábito de fraile. Ahora vestía con un jubón de lana, faja, *calzas* cortas, medias hasta la braguera y borceguíes de piel fina. Todo ello cubierto por un sobretodo de cuero negro.

Pedro Merino urdió un final apoteósico a su estrategia. Sabedor de que su tío tenía en buen aprecio a sus riquezas y conocedor también de los vanos intentos de otros parientes, algunos demasiado lejanos, en sugerirle al comendador que repartiera algo de su fortuna con ellos, él, en cambio, le haría entrega de una bolsa. En ella atesoraba un pequeño peculio. Aun así, su contenido significaba una nimia parte de cuanto amasó en esos largos meses de asaltos y traiciones. Su tesoro permanecía enterrado bajo la losa de una tumba, en el malogrado monasterio.

—Esto cubrirá los gastos de los primeros meses —sentenció Pedro Merino ufano, tratando de insinuar con esas palabras que él no quería su dinero, sino recuperar su honra. Esto esperaba terminara por convencerle.

Y así fue.

Frey Diego Merino tomó la bolsa y vació su contenido sobre la mesa. Diez monedas de oro, otras tantas piezas de plata, una montera de reales de a ocho, un medallón de fino metal y un anillo de oro con pedrería se esparcieron sobre la madera.

—Pedro, ¿acaso pretendes ofenderme? Recoge esto, bien sabes que no lo puedo aceptar.

—Tío, por favor... esto es cuanto poseo. Juro por el Altísimo que en la medida que consiga más plata os la iré entregando. ¡Por el amor de Dios!, permitidme vivir con vos y que así pueda cumplir la promesa que les hice a mis difuntos, dejadme saborear el aroma de la venganza y enviar a esos herejes al infierno.

—Sobrino, me estás malinterpretando. No pretendo ofender tu honor por tener tan escaso patrimonio —dijo Frey Diego dejándose caer sobre el respaldo de su sillón—. No. Es justo lo contrario lo que trato de decirte. ¿Cómo podría mirarte a los ojos si te despojo de tus escasas riquezas? Bastante te han robado ya esos miserables

para que sea tu tío quien te arrastre por el lodo de la miseria. No te preocupes, tú y tu hija viviréis con nosotros. Desde hoy esta será vuestra humilde morada, al fin y al cabo, todos somos Merino. Tu hija recibirá la educación que se merece y con el tiempo veremos de casarla bien...

Ante la mirada balbuceante de Pedro Merino, Frey Diego sentenció:

—He dicho. No se hable más del asunto. Sois mis invitados, ¡qué digo!... sois mi familia. Desde hoy tu misión será buscar la manera de dar caza a esa bruja y recuperar tu honor.

El plan salió incluso mejor de lo que Pedro Merino planeó.

—No os arrepentiréis, tío. Os juro ante el Santísimo que adornaré las paredes de este salón con la cabeza de mis enemigos.

Tras unos segundos de silencio, Frey Diego le preguntó.

—Afirmas también que el marqués de Aguilar se unió a esos asaltantes, *los bocinegros*. ¿Cómo pudo haber ocurrido tal cosa? El marqués siempre actuó como un aliado fiel, incluso luchó junto a nosotros, codo con codo, contra el rey Carlos.

—Fue la víbora de la Morita quien lo puso en mi contra. Ella y sus bandoleros, *los bocinegros*, fueron quienes asaltaron sus propiedades y le robaron una cuantiosa hacina de lana. Días después, ella en persona acudió donde el marqués. Siseándole veneno como la víbora que es, le convenció de que fui yo el ladrón. ¿Acaso vos me imagináis prendiendo fuego a una iglesia y asaltando a degüello a otra? ¡Pues el muy lerdo la creyó! Sin dilación y con el veneno corroyendo sus venas, envió a sus huestes contra mi palacio. Doy fe de que ocurrió tal y como os he contado.

—Ese es un mal enemigo, mi querido sobrino.

—No os preocupéis tío, tengo un plan.

—Por cierto, aún no me habéis dicho cómo se llama vuestra hija —dijo acercándose hasta el capazo que descansaba en una silla de madera y cuero. Por su andar se veía que el comendador sufría de fuertes dolores en su pie derecho, amén de una persistente tos y unas

máculas extrañas en su cuello, manchas que él trataba de disimular envolviéndolo con pañuelos de seda.

—Pensando en vuestra graciosa esposa, tuve, quizá la osadía, de llamarla Inés. Espero no haber ofendido el nombre de vuestra consorte con tal atrevimiento. Obvia decir que cuando *mesa* merced estime oportuno la bautizaré como Dios manda. Que, con la huida, no he tenido ni el tiempo ni el cura para que la acristiane.

—Por supuesto, mi buen Pedro, cuanto antes se arrope en los brazos de Cristo mejor, que en estas épocas de herejías y muertes son pocos los bebés que llegan a adultos y no quisiera que un Merino terminara purgando en los infiernos.

—Hablando de doña Inés, ¿dónde está vuestra gentil esposa? Hace tiempo que no la veo, la última vez fue... recuerdo que ya han pasado varios años. Creo que fue cuando vine con mi difunta Catalina en busca de vuestra hija Virtudes. Recuerdas, queríamos llevárnosla al palacio para ejercer como la institutriz de mi segundo hijo.

Pedro Merino poseía cierta cátedra a la hora de crear embustes e infundir piedad, así que, en cuanto mentó a su difunta Catalina y a sus hijos, tragó saliva y dejó que unas lágrimas de cocodrilo rodaran por sus mejillas. Bajó la vista al suelo y apretó sus puños en señal de duelo. La hipocresía era un arte que él dominaba mejor que el invierno domina al frío.

—Ruego me perdonéis, tío. El dolor a veces es un mal compañero de viaje —añadió entre teatrales lágrimas.

—Nada, nada, mi buen Pedro. Yo también sufro, no solo por vos, por vuestra familia y ahora por mi adorada Virtudes, sino por mi amada esposa... Lamento decirte que doña Inés nos dejó hace pocos años, después de dar a luz a mi benjamín.

—¿Tenéis un nuevo heredero!? —preguntó Pedro Merino que no estaba seguro de si esa noticia era buena o mala para sus intereses. Acto seguido, se arrepintió del tono de sorpresa que empleó. Por suerte, ya había conquistado a su tío y este no se percató de ello.

—Así es, mi buen Pedro. Hay un Merino de un poco más de cuatro años correteando por el castillo. Hace ya varios meses que cambió el gateo por las incursiones a dos patas. No es por presumir, pero no me cabe duda de que lleva sangre de los Merino en sus venas. A este malandrín le gusta más perseguir a las doncellas que al gato. —A medida que finalizaba esta última frase, su risa se hacía más evidente.

Ambos rieron la gracia.

Fue como mentar al diablo que un enano, de poco más de tres palmos, acompañado por una nodriza, entró en la habitación.

—Hablando del rey de Roma... —Rio Frey Diego, se le notaba feliz por ver a su retoño. El niño respondió con una sonrisa. Estiró sus y se dirigió con torpeza hacia su padre.

—Tristán, este es tu tío, Pedro, y la renacuaja que descansa ahí... —le dijo señalando al capazo—, es tu prima Inés.

El niño ni se inmutó, mantuvo el mismo gesto de memo con el que entró. Desde que penetró en el saloncito, lo hizo con una única obsesión en mente: que su padre lo tomara en su regazo.

Mientras Tristán reposaba en los brazos del comendador, no quitaba la vista de Pedro Merino. Lo veía demasiado rechoncho para tan tierna edad. Además, portaba los mismos rasgos endémicos de los Merino de Zamora, carrillos anchos, mentón prominente y grasa por doquier. Este hecho, más que incomodar, conmovió al hidalgo. Vio en el joven heredero una manera evidente de recuperar el prestigio que aquella bruja le robara. Aunque tendría que esperar muchos años para lograr la victoria final, la idea que se estaba fraguando en su cabeza le agradó: desposaría a su hija con ese niño de ojos negros como la tizne.

No tenía prisa. Si el resultado final era recuperar la honra, la riqueza y que la cabeza de la Morita adornara las paredes de su habitación, bien podría esperar.